

HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN, Sara, *Emociones obreras, política socialista. Movimiento obrero vizcaíno (1886-1915)*, Tecnos, Madrid, 2018, 366 pp.

La joven historiadora Sara Hidalgo se adentra en un marco histórico bien estudiado por la historiografía, el movimiento obrero vizcaíno en la cuenca del Nervión, de finales y principios del siglo XIX y XX. Y como admite, no aporta fuentes nuevas (pero sí se apoya bien en ellas), sino que nos ofrece un punto de vista interpretativo sumamente novedoso: la importancia de las emociones sociales en la constitución de las identidades de clase (postuladas por el historiador William M. Reddy).

Este libro, pieza central de su tesis doctoral, se divide en cinco capítulos, en el que nos va desgranando tanto las bases teóricas de su trabajo, la historia emocional (capítulo 1); la mentalidad burguesa (capítulo 2), para adentrarnos ya en los capítulos siguientes en los rasgos que van a componer esa identidad obrera socialista, su evolución, características, afianzamiento (capítulos 3 y 4) y, finalmente, su transición hacia postulados democráticos y liberales (capítulo 5).

La elección del marco histórico no es casual. En el último cuarto del siglo XIX, Vizcaya iba a sufrir una transformación increíble, convirtiéndose, en muy pocos años, en la cuenca del Triano-Somorrostro en la zona más industrializada de España. En una década, de 1877 a 1887, el área metropolitana de Bilbao prácticamente duplicó su población, con todos los efectos negativos, positivos y conflictivos que iba a traer aparejado. En un crecimiento que trajo consigo realidades y aspectos muy diferentes para los residentes (los salubres barrios burgueses, como El Ensanche, a los más insalubres y hacinados barrios obreros, en San Francisco y Cortes).

Del mismo modo, los mineros y trabajadores industriales iban sustituyendo en importancia a los antiguos gremios y artesanos que no podían competir con las máquinas. Las grandes familias bilbaínas constituidas por los Martínez de Rivas, los Chávarri, los Ybarra o los Gandarias, configuraron una nueva mentalidad burguesa, constituyendo sus propios barrios como Guecho y Neguri. Como indica Hidalgo, «ambos actores, burguesía y proletariado, pugnaron en el campo político y social en aras de establecer una hegemonía cultural y política». Sin duda, todo ello iba a caracterizar una realidad vasca plural y compleja, vinculada al sistema de la Restauración. Así, el liberalismo dinástico, con Víctor Chávarri, el socialismo, con Facundo Perezagua, y el nacionalismo, con Sabino Arana, iban a determinar las distintas corrientes ideológicas en pugna para dar satisfacción a sus propios grupos y espacios constitutivos. Y, ahí, en este proceso de transformación social, económica y política emergía una clase obrera en la que el ideario socialista cobró un firme protagonismo, reivindicando no solo unas mejoras laborales, sino «su dignidad humana». Hidalgo desmenuza de forma hábil este pano-

rama hasta llegar al punto que le interesa: analizar las emociones «como producto de las interacciones sociales». Para ello, emprende otro viaje en el que explora cómo ha ido configurándose la historia de las emociones desde el racionalismo de Descartes al sentimentalismo de Hume, que tendrán su plasmación con la Revolución americana o la Revolución francesa. Tampoco se olvida de la importancia que cobraría el movimiento romántico. Y justo, como señala la autora, en este «contexto de lucha discursiva y de estilos emocionales» es donde aparece el socialismo, como idea filosófica y, más tarde ya, como movimiento político. A partir de este punto, como concluye su investigación se va a centrar en la «formación de la conciencia de clase en Vizcaya», en esencia, «como lucha sobre formas de gestión y expresión emocional». Al entender que todo régimen político viene intrínsecamente determinado por un *régimen emocional*.

A lo largo de las páginas del libro, la autora construye un retrato de los distintos regímenes emocionales en su evolución, partiendo del *régimen emocional burgués*, pasando por el *régimen emocional socialista rojo* hasta llegar al *científico*, con incisiva habilidad, del mundo vizcaíno afectado por el proceso de industrialización. Para ello utiliza fuentes clásicas, testimonios orales o novelas (de Blasco Ibáñez o Zuazagoitia) que se han convertido en indiscutibles para recoger el palpitar y sentir de una sociedad, además de detenerse a valorar las figuras del socialismo como Perezagua, Meabe, Echevarrieta, González o Prieto, entre otros hombres y mujeres de la época, que encauzaron ese proceso. Traza la singular importancia del contraste entre el mundo burgués y proletario; y como, en el particular, los hombres y mujeres vizcaínos fueron engrosando las filas de un minúsculo partido socialista, y que fue mucho más allá de su programa sindical, hasta alcanzar a ser un programa político moderno con grandes aspiraciones reformistas. Pero también es muy indicativo de como la misma burguesía no mantuvo un planteamiento homogéneo, sino que fue muy diverso.

Entre aquellos grupos más conservadores que se parapetaron tras «el miedo y el desprecio», amén de una serie de prejuicios de clase (pensaban que la taberna era un lugar insano, de alcoholismo y criminalidad), a los que, desde el progresismo, buscaron atender lo que consideraron como una «cuestión social», buscando la manera de atajar la miseria y pobreza reinantes, con organismos reformistas como la Comisión de Asuntos Sociales (1883). Surgió una preocupación latente, que sería la respuesta de estas élites a la pobreza en los estratos más bajos de la sociedad vizcaína. Y que se tradujo en el miedo (no solo político, sino social y moral, influyendo mucho el higienismo y el brote de cólera de 1895), que se empezó a tener ante la deriva del movimiento obrero hacia expresiones republicanas y al hecho de que iba a configurar una masa mucho más numerosa y fuerte que se iba a vertebrar en oposición al capitalismo y a la clase que lo sustentaba.

En 1879, se fundaría el PSOE y en poco tiempo, se iban configurando federaciones a lo largo y ancho del país, en Bilbao sería en 1886.

Nos asoma, por lo tanto, a un fresco conocido, pero no menos original, al valorar los sentimientos como elementos cruciales y su evolución, a partir de ahí, para explicar los procesos de toma de decisiones y de relación con el mundo, como son el miedo, el asco, la vergüenza, la indignación, el odio, la solidaridad, etc., los espacios donde se dieron (desde la taberna a las Casas del Pueblo, pasando por los casinos y cafés), cómo interiorizaron las realidades de esta época a través de códigos, rituales y prácticas (celebraciones, 1.º de mayo o las huelgas de 1890, 1906 y 1910, o los sucesos anticlericales de Begoña de 1903), la familia y la evolución del papel de la mujer, y lo relevantes que estas emociones (en su *código de dignidad*) fueron para consolidar y constituir la base del movimiento obrero. Sin olvidarse de ahonda en las tensiones existentes en el mismo socialismo. Tampoco pasa por alto la influencia que cobraría la constitución de las Juventudes Socialistas, para un acercamiento al republicanismo, de Meabe, o la Agrupación de mujeres socialistas, constituida por González. Y, en este sentido, destaca como en el proyecto socialista vizcaíno, en su compleja evolución (desde el sindicalismo al parlamentarismo, junto a la unión de intereses con los republicanos), los regímenes emocionales que se fueron dando en esos años fueron piezas claves para su desarrollo.

Como cierra la propia autora su intensa y sugerente obra, todo ello va a reflejar como «las emociones obreras en Vizcaya se convirtieron en política socialista, iniciándose así uno de los movimientos políticos configuradores del *pluralismo político* del País Vasco moderno». No hay duda de que Hidalgo, con este libro, ha abierto una senda muy importante para la historiografía vasca y española.

*Igor Barrenetxea Marañón*